LAS BANDAS SONORAS DE NUESTRAS VIDAS

Cuando las películas hasta finales de los años 20 eran mudas, se empezó a utilizar una música de fondo para amenizar el espectáculo y también quizá para disimular el molesto ruido de los primitivos proyectores. También se introdujeron rótulos breves para orientar al espectador. Pero desgraciadamente había muchos espectadores que no sabían leer y se creó la figura del "explicador", que se hizo imprescindible. Él iba contando lo que sucedía en la película e incluso tenía instrumentos que evocaban la sonoridad de lo que aparecía en la pantalla, y los hubo tan hábiles y entretenidos que se hicieron con un público que acudía preferentemente a los cines donde ellos actuaban. Uno de los más famosos fue el japonés Heigo Kurosawa que se hizo famoso y admirado en Tokio. Entonces llevó a ese mundo del cine a su hermano Akira Kurosawa.

Cuando en torno a 1930 llegó la sonoridad al cine, terminó la misión de los "explicadores". Heigo no pudo soportarlo y en 1933 se suicidó. Pero su hermano pequeño Akira se convirtió en un afamado director de cine, pues aprendió a amarlos a través de las explicaciones de su hermano (1).

Desde entonces el espectáculo del cine incorporó la voz de los actores en directo, lo cual terminó con más de una carrera artística, como pudimos ver en la deliciosa película *Cantando bajo la lluvia*, donde una aclamada actriz del cine mudo destrozaba cualquier interpretación con su desagradable voz. Este problema fue salvado con las técnicas del doblaje.

Y un paso más fue la incorporación de las llamadas "bandas sonoras", unas melodías que acompañaban a la película discretamente. Una tenue música de fondo subrayaba los momentos risueños, los inquietantes, los amorosos o los dramáticos. Muchas veces el espectador no se da ni cuenta de ellas, pero su subconsciente le avisa de que algo dulce o terrible está a punto de pasar.

La Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas comenzó a otorgar premios por bandas sonoras de películas a partir de la 7.^a ceremonia de los Premios Óscar en 1935. En un principio la categoría se denominó "Mejor orquestación", pero pronto se cambió por "Mejor banda sonora original". Más tarde se dividió por géneros, es decir, según fuera una película dramática, un musical, etcétera.

Lo que es indudable es que hay melodías que nada más oír las trasladan tu mente a la película en la cual las disfrutaste. Imposible oír las bandas sonoras de *Casablanca* o del *Tercer Hombre*, por ejemplo, y no evocar ambas maravillosas películas con Humphrey Bogart e Ingrid Bergman y Joseph Cotten y Alida Valli respectivamente.

Casablanca se estrenó en Madrid el 19 de diciembre 1942. Su director era Michael Curtiz y la música la compuso Max Steiner. Obtuvo 3 óscar: a la mejor película, al mejor guion adaptado y a la mejor dirección.

El Tercer Hombre se estrenó en Madrid el 8 de abril de 1950. Su director Carol Reed, la música la compuso Anton Karas. El guion lo compusieron Carol Reed y Graham Greene (autor de la novela).

También un gran músico español, el maestro Padilla, cuyas composiciones musicales se extendieron por todo el mundo, se asomó al mundo del cine. El conjunto de su obra musical fue declarada de "interés internacional" por la Unesco, el 22 de junio de 1989.

Él nació en Almería y a los 15 años vino con su familia a Madrid, donde terminó sus estudios de Música y fundó en 1907 la primera Tuna del Conservatorio, que en realidad era una orquesta de ochenta estudiantes. Y en Madrid estrenó sus primeras canciones y sus primeras zarzuelas en los teatros Barbieri, Apolo, Centro, Metropolitano... Y después viajó incansablemente por muchas ciudades del mundo, especialmente Buenos Aires y París.

A Madrid le dedicó "La Violetera", admirado del perfume de estas flores que inundaba la calle de Alcalá. Esta canción dio la vuelta al mundo y fue la música de fondo de películas tan diversas como *Luces de la ciudad* de Chaplin en 1931, o *Esencia de Mujer* (1992), que fue el primer óscar de Al Pacino.

Y "Ca c'est París" de la que se dice que "cuando se pronuncia el nombre de París, inmediatamente todas las orquestas del mundo la tocan". En la célebre película *Ninotchka* (1939) de Ernst Lubitsch, cuando Greta Garbo vuelve a Moscú y recuerda París con sus camaradas... todos entonan "Esto es París"...

Por último, vamos a evocar a otro músico, fallecido recientemente a los 91 años, y que para siempre ocupará un lugar privilegiado entre los compositores a los que el cine debe melodías inolvidables. Se trata de Ennio Morricone (Roma 1928-Selcetta, Italia julio 2020).

La Sierra de la Demanda, en la provincia de Burgos, fue el lugar elegido por el prestigioso director italiano de cine Sergio Leone para rodar las últimas escenas de su western *El bueno, el feo y el malo* en el verano de 1966.

Con Clint Eastwood de principal protagonista, fotografía de Tonino Delli Colli y música compuesta por Ennio Morricone, esta película era la última de su famosa trilogía (*La muerte tenía un precio*, *Por un puñado de dólares*). *El bueno, el feo y el malo*, fue quizá la más memorables todas sus bandas

sonoras.

En realidad puso música a más de 500 películas y series, y muchas de ellas se han ganado el bien merecido título de legendarias e imprescindibles para todo amante del cine.

Recibió un óscar honorífico en 2007 y ganó el óscar a la mejor banda sonora en 2015 por la cinta *Los odiosos ocho*.

:

Apenas hace un mes el Premio Princesa de Asturias de las Artes 2020 recayó en Ennio Morricone y en John Williams, quien tendrá que recoger ahora el galardón en solitario.

Otras de sus bandas sonoras inolvidables son las de *Novecento* (Bernardo Bertolucci, 1976), *Érase una vez en América* (Sergio Leone, 1984) que mereció ser considerada como una obra maestra, pero que inexplicablemente no le sirvió para un merecidísimo óscar. Como tampoco lo consiguió con *La Misión* (Roland Joffé, 1986), un rodaje espectacular con una música estremecedora. ¿Y qué decir de *Cinema Paradiso* (Giuseppe Tornatore, 1989), una emotiva historia de amor al cine en un pequeño pueblo siciliano?

La música se ha convertido en un elemento indispensable de todo acontecimiento cinematográfico.

Nota

(1) Del libro "El infinito en un junco" de Irene Vallejo (Siruela, 2019). p.108. Premio Nacional de Ensayo 2020..